

Veinte años después

por VICTOR DOMINGO SILVA

El terremoto de Agosto de 1906

¡PERO SI FUE AYER!

Si no existiesen otros mil medios de irse uno convenciendo de que envejece, bastaría con ciertas grandes y terribles fechas. ¿El último terremoto?—me decía hace un rato, a la hora del aperitivo, un caballero algo teñido.— ¡Pero si eso fué ayer! Efectivamente, desde entonces acá no ha pasado más que la friolera de veinte años. Y un quinto de siglo es un suspiro...

Es un suspiro que se ha llevado, sin embargo, muchas veces las hojas de los árboles y puesto lustroso el occipital de muchos cráneos antaño harto poblados. Un suspiro que ha durado lo bastante para que hayamos visto surgir del pavoroso hacinamiento de ruinas humeantes, la ciudad vibrante y tumultuosa, la grande urbe moderna que es el Valparaíso de hoy. Una prueba más de que todo es relativo. Ya en 1842, Jotabeche, en viaje de recreo desde la entonces opulenta Copiapó, hacía notar el tráfigo febril de las calles porteñas quejándose de tener a cada instante que hurtarle el cuerpo a algún vehículo atropellador. Cuarenta años más tarde, Ruben Darío, llegado a nuestras playas desde su apacible León de Nicaragua, sentía que el estruendo de Valparaíso le espantaba las musas... Verdad es que el ilustre bardo de los Trópicos, hostigado por la penuria, hubo de vivir allí entre grúas y fardos, empleado en la Sección Movilización de la Aduana.

EL REMEZON

Fué apenas anochecho, minutos antes de las ocho de un día de gran labor. Había llovido con alguna intermitencia y a la sazón go-teaba sobre la ciudad una garúa majadera. La gente que, como los periodistas, tiene que trabajar de noche, estaban ya cenando o acababan de hacerlo. Pero los bares y cantinas, del Almendral al Puerto, veíanse repletos de esa concurrencia especialísima, ruidosa y optimista, que persiste junto al mostrador y en torno de las mesas hasta que no se difumida quién va a perder la última contra... Era la hora de subida a los cerros, cuando el buen porteño recuerda que hay que llegar a casa con algún embeleco para atenuar la tardanza y cuando, en el ascensor, es reflejo el último percance del trabajo o el más desabrido de los cuentos alemanes circulados en la oficina.

LA TRAGEDIA

Un ruido, un gran ruido sordo, rugiente, subterráneo; luego un estremecimiento; gritos; carreras; luces raras como de relámpago en la atmósfera turbia; otro estremecimiento más largo, más intenso, más profundo; un verdadero zamarreo de la tierra por algún dios brutal que la hubiese pescado del cuello, y... el sálvese quien pueda de todas las catástrofes, la pérdida instantánea de toda noción que no sea el instinto de la conservación personal, el pánico, la fuga, la dispersión en medio del estrépito inaudito de los derrumbamientos, la loca angustia de un

inminente fin de mundo haciéndose alarido y plegaría en todas las gargantas.

En la gravedad de unos cuantos minutos, segundos más bien dicho, la ciudad hormigueante y populosa, con su pujante comercio, sus muelles y malecones erizados de ferretería, sus calles iluminadas como para una fiesta por la luz de las vitrinas, sus ascensores y sus tranvías; la gran población en que frente a la constelación de los barcos anclados en la bahía, brillaba, "para la dulce cena aderezada", la mesa de los hogares, hasta en la cumbre de los cerros más altos, el antiguo "Puerto de Santiago" la capital marítima de Chile, se había convertido en el teatro de una tragedia sin precedentes, en un cuadro de sangre, fuego, de agonía, cuyo solo recuerdo, después de veinte años, produce escalofríos.

Valparaíso aparecía como volcado, vaciado hasta en sus cimientos por una fuerza ciega, tanto más siniestra cuanto más ciega, ante la cual no había sino que arrojarse y pedir gracia. Valparaíso entero estuvo de rodillas aquella noche, mientras ardía la mitad de la urbe hecha trizas y seguía estremeciéndose la tierra como en espasmos epilépticos. La derrota por lo menos durante las primeras horas, fué completa. Miente quien diga que en aquellos instantes de castigo bíblico, de horror apocalíptico, mantuvo siquiera a medias la serenidad de su ánimo.

DESPUES DE LA CATASTROFE

Y más honda, sin embargo, más penosa, más aplastadora que la de la noche misma de la catástrofe, fué la impresión sufrida en los días que hubieran de seguirla. Vistodesde lo alto, como a mí me tocó presentarlo, el espectáculo de la hoguera que consumía el Almendral derribado sobre el arenal en que estaba construido tenía algo de grandioso. Se hubiera dicho que la propia magnitud del golpe nos mantenía en un estado de inconsciencia que cerraba el paso a la tribulación. Pero el día siguiente, y los siguientes... el desfile silencioso y aturdido de las fisonomías, el hablarse unos a otros sin esperar respuestas, el hurgar en los escombros caldeados, el horrible olor de la carne chamuscada; el surgir y correr pululante de rumores de nuevos terremotos, de salidas de mar que arrasaban la ciudad maldecida de Dios, las noticias cada vez más trágicas de robos, de profanaciones, de todos los crímenes desatados al amparo de la impunidad; el entierro a granel de cuerpos que nadie se encargaba de identificar; y luego, la

acción de la autoridad que por fin se hace sentir, la disciplina civil que reacciona, los ajusticiamientos que se efectúan de momento en momento sin más que una breve información sumaria... todo esto revive en la memoria y salta a los puntos de la pluma, como si aún estuviésemos montando la guardia junto a la carpa improvisada, creyendo sentir muy cerca de nuestras cabezas el roce del ala del Angel Exterminador.

Veinte años es un suspiro para un pueblo... Bien. Así lo ha probado Valparaíso, renaciendo de sus ruinas, aprovechando en su beneficio la obra de una fatalidad inesperada. El gran terremoto de 1906 es todavía un tema socorrido de las conversaciones que decaen entre los viejos porteños. Los porteños de mañana tendrán que ir a informarse de él en las bibliotecas... Será cuando el espíritu nuevo de sus habitantes concluya por hacer de Valparaíso una ciudad semejante a ese barrio moderno, suntuoso y deslumbrante que ha sucedido al de callejuelas sórdidas que aniquilaron, con voracidad de monstruos, el temblor y el fuego en una hora inolvidable.

V. D. S.

VENDO

CASA HABITACION EN AVENIDA REPUBLICA,

próxima a Delicias. Mide 10 m. de frente por 64 de fondo. Edificio de dos pisos con gran salón, escritorio, hall, comedor, siete dormitorios, piezas toilette, numerosas dependencias. Patio y jardín interior. Gallineros. Garage para dos automóviles. Deuda a la Caja por \$ 55,000. — Facilidades de pago.

PRECIO: SOLO \$ 200,000

CARLOS OSSANDON B.

Sección Compraventa Urbana SUR.

BANDERA N.º 168

¡CASAS DE GRAN OCASION!

CENTRALISIMAS, CON Y SIN RENTA, VENDO

En Alameda, casa regia, esquina.. \$ 550,000

En Castro, 1.a cuadra, 2 casas.... \$ 300,000

En Ejército, 2.a cuadra, 2 casas.. \$ 350,000

En Agustinas, casa-palacio. . . . \$ 600,000